

ECOSOCIALISMO Y PLANIFICACIÓN DEMOCRÁTICA

*Michael Löwy*¹

Resumen

Si el capitalismo no puede reformarse para subordinar la ganancia a la supervivencia humana, ¿qué alternativa existe salvo avanzar hacia algún tipo de economía planificada nacional y global? Problemas como el del cambio climático necesitan la “mano visible” de una planificación directa. Nuestros líderes corporativos capitalistas no pueden si no sistemáticamente tomar decisiones irracionales, y eventualmente suicidas (debido a la tecnología a su disposición), para la economía y el medio ambiente. Entonces, ¿qué otra alternativa queda salvo la de considerar una verdadera alternativa ecosocialista.

*Richard Smith*²

Abstract

If Capitalism can't mend to subordinate the earns to human survival, Is there any way but to advance to some kind of planned national and global economy? Problems, as the weather change, needs the “visible hand” of a direct planning. Our corporative capitalist leaders can't have other behaviour

¹ (1938) Sociólogo y filósofo franco-brasileño, Director de investigación emérito CNRS, profesor de la EHESS de París. Ha publicado: “El pensamiento del Che Guevara”, “La teoría de la Revolución en el joven Marx”, “Dialéctica y Revolución”, “Para una sociología de los intelectuales revolucionarios”, “La evolución política de Lukacs 1909-1929”, “Los marxistas y la cuestión nacional” (con Haupt y Weil), “El marxismo olvidado” (R. Luxemburg, G. Lukacs), “El marxismo en América Latina del 1909 a nuestros días”, “¿Qué es la sociología del conocimiento?”, “Redención y Utopía”, “El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva”, “¿Patrias o Planeta? Nacionalismos e internacionalismos de Marx a nuestros días”, “Guerra de Dioses. Religión y Política en América Latina.

² Smith, R., “The Engine of Eco Collapse”, *Capitalismo, Naturaleza y Socialismo*, 16(4), 2005, p. 35.

but to take irrational and sometimes suicidal decisions, and often made systematically (ought to the technology at their disposition), to the economy and environments. Then, Is there any other alternative but to consider a truly eco-socialist alternative?

Richard Smith

El Ecosocialismo es un intento por proveer una radical alternativa civilizadora para lo que Marx llamó “el desarrollo destructivo” del capitalismo³. Esta alternativa, plantea una política económica fundada en criterios no-monetarios y extra-económicos de las necesidades sociales y el equilibrio ecológico. Basándose en los principales preceptos del movimiento ecologista, y en la crítica marxista a la economía política, esta síntesis dialéctica —abordada por un variado espectro de autores, desde André Groz (en sus primeros escritos) hasta Elmar Altvater, James O’Connor, Joel Novel y John Bellamy Foster— es, a su vez, una crítica a la “ecología de mercado”, esa que no desafía al sistema capitalista, y también al “socialismo productivista”, que ignora el tema de los límites naturales.

De acuerdo con O’Connor, el socialismo ecológico apunta hacia una nueva sociedad basada en la racionalidad ecológica, el control democrático, la equidad social y el predominio del valor-uso por sobre el valor-cambio⁴. Yo también añadiría que estas directrices requieren: (a) propiedad colectiva de los medios de producción (“colectiva” aquí significa propiedad pública, cooperativa o comunitaria); (b) planificación democrática, lo que hace posible que la sociedad defina sus metas en cuanto a inversión y producción, y (c) una nueva estructura tecnológica de las fuerzas productoras. En otras palabras, una revolucionaria transformación económica y social⁵.

³ Marx, K., *Das Kapital*, Volumen 1, Dietz Verlag, Berlin, 1960, pp. 529-30. Para un destacado análisis de la lógica destructiva de capitalismo, véase Novel, Joel, *The Enemy of Nature The End of Capitalism or The end of the World?*, Zed Books, New York, 2002.

⁴ O’Connor, J., *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*, The Guildford Press, New York, 1998, pp. 278-331.

⁵ John Bellamy utiliza el concepto de “revolución ecológica”, pero a su vez sostiene que “una verdadera revolución ecológica global puede solo existir como parte de una revolución social (socialista, yo insistiría) más grande. Tal revolución requeriría, como lo señaló Marx, que los productores asociados racionalmente regulen la relación humana metabólica con la naturaleza... Debe inspirarse en pensadores como Williams Morris, uno de los seguidores ecologistas más originales de Karl Marx, como Gandhi, y en otras figuras materialistas revolucionarias y radicales, incluyendo a Marx mismo, y estirándose hacia atrás tan lejos como Epicuro”. Foster, “Organizing Ecological Revolution”, *Monthly Review*, 57(5), 2005, pp. 9-10.

Para los ecosocialistas, el problema con las principales corrientes del ecologismo político, representadas en su mayoría por los partidos verdes, es que éstos no parecen tomar en cuenta la contradicción intrínseca que existe entre la dinámica capitalista de expansión ilimitada del capital, de la acumulación de la ganancia y la preservación del medio ambiente. Esto lleva hacia una crítica del productivismo, el que a menudo es relevante, pero que no nos conduce más allá de una “economía de mercado” ecológicamente reformada. Como resultado, muchos partidos verdes se han convertido en la defensa ecológica de gobiernos social-liberales de centro-izquierda⁶.

Por otra parte, el problema con las tendencias dominantes de la izquierda durante el siglo 20 —los socialdemócratas y los movimientos comunistas de inspiración soviética— fue su aceptación de los patrones actualmente existentes en las fuerzas productivas. Mientras que la primera se limitó a una versión reformada (o cuando mucho keynesiana) del capitalismo, la última desarrolló una forma de productivismo colectivista autoritario (o de capitalismo estatal). En ambos casos, las consideraciones ambientalistas no fueron consideradas o, cuando mucho, consideradas marginalmente.

Los mismos Marx y Engels conocieron las consecuencias medioambientalmente destructivas de los modos de producción capitalista; existen una serie de referencias en *El Capital* y en otros escritos que apuntan a este entendimiento⁷. Es más aún, ellos consideraban que el socialismo apuntaba no a producir más y más bienes, si no otorgarle a los seres humanos tiempo libre para desarrollar sus potencialidades. Para este fin hay muy poco en común con el “productivismo”, con la idea de que la expansión ilimitada de la producción es una meta en sí misma.

De cualquier manera, estos conceptos sobre cómo el socialismo permitiría el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de los límites impuestos por el sistema capitalista dejan implícito que una transformación socialista está vinculada sólo con las relaciones capitalistas de producción, algo que se ha transformado en un obstáculo (el término “cadena” es el más utilizado) para el libre desarrollo de fuerzas productivas existentes. El socialismo significaría, por sobre todo, la

⁶ Para una crítica ecosocialista de las “eco-políticas actualmente existentes” – Economía Verde, Ecología Profunda, Bio-regionalismo, etc. Véase Kovel, *Enemy of Nature...*, op. cit., capítulo 7.

⁷ Véase Bellamy Foster, J., *Marx's Ecology, Materialismo y Naturaleza*, Monthly Reviews Press, New York 2000.

apropiación social de estas capacidades productivas, poniéndolas al servicio de los trabajadores. Citando un fragmento de *Anti-Dühring* —un trabajo canónico para muchas generaciones de marxistas—: bajo el socialismo “la sociedad toma posesión abiertamente y sin desvíos, de las fuerzas productivas que se han vuelto demasiado grandes” para el sistema existente⁸.

La experiencia de la Unión Soviética ilustra los problemas que aparecen con la apropiación colectiva del aparato productivo capitalista. Desde el inicio, predominó la tesis sobre la socialización de las fuerzas productivas existentes. Es verdad que durante los primeros días tras la Revolución de Octubre se logró desarrollar una corriente ecologista y que algunas medidas limitadas de protección ambiental fueron aplicadas por las autoridades soviéticas. Pero mediante el proceso de burocratización estalinista, los métodos productivistas, tanto en la industria como en la agricultura, fueron impuestos totalitariamente, mientras que los ecologistas fueron dejados al margen o eliminados. La Catástrofe de Chernobyl es el ejemplo más extremo sobre las desastrosas consecuencias que tuvo esta imitación de las tecnologías productivas de Occidente. Un cambio en la forma de propiedad que no esté acompañado por una administración democrática y la reorganización del sistema productivo sólo puede conducirnos a un callejón sin salida.

Críticas a la ideología productivista del “progreso”, y a la idea de una explotación “socialista” de la naturaleza, aparecieron ya en los escritos de algunos marxistas disidentes en la década de 1930, como fue el caso de Walter Benjamin. Pero ha sido, principalmente, durante las últimas décadas cuando el ecologismo se ha desarrollado para desafiar la tesis sobre la neutralidad de las fuerzas productivas que ha continuado predominando en la mayoría de las tendencias de izquierda durante el siglo 20.

Los ecosocialistas deberían inspirarse en los comentarios de Marx sobre la Comuna de París: los trabajadores no pueden tomar posesión de aparato estatal capitalista y ponerlo a trabajar a su servicio. Deben “quebrarlo” y reemplazarlo por uno radicalmente distinto, una forma de poder político democrático y no-estatista. Esto mismo se aplica, *mutatis mutandis*, al aparato productivo, que no es “neutral”, pero que lleva en su estructura la marca de un desarrollo al servicio de la

⁸ Engels, F., *Anti-Dühring*, Ed. Sociales, Paris, 1950, p. 318.

acumulación capitalista y la expansión ilimitada del mercado. Esto lo deja en contradicción con la protección medioambiental y con la salud de la población. Uno debería, por lo tanto, “revolucionarlo”, en un proceso de transformación radical.

Por supuesto, muchos de los logros científicos y tecnológicos de la modernidad son preciosos, pero todo el sistema productivo debe ser transformado, y esto solo puede conseguirse a través de métodos ecosocialistas. En otras palabras, mediante una planificación democrática de la economía que tome en cuenta la preservación de un equilibrio ecológico. Esto podría significar la discontinuación de ciertas áreas de la producción, por ejemplo: las plantas de energía nuclear, algunos métodos de pesca industrial masiva (responsables por llevar casi a la extinción a un gran número de especies marinas), la destrucción constante de los bosques tropicales, etc. La lista es muy larga. Antes que nada, sin embargo, se requiere una revolución en nuestro sistema de energía mediante el reemplazo de las presentes fuentes (esencialmente fósiles), responsables por la polución y el envenenamiento del ambiente, por otras de energía renovable: agua, viento, sol. El problema de la energía es decisivo, ya que el uso de energía fósil (petróleo y carbón) es el responsable por mucha de la polución del planeta, así como por el desastroso cambio climático. La energía nuclear es una falsa alternativa, no solo por el peligro de nuevos Chernobyls, sino porque nadie sabe qué hacer con los cientos de toneladas de desechos radioactivos (tóxicos durante cientos, miles y hasta millones de años) o con gigantescas plantas obsoletas y contaminadas. La energía solar, que nunca ha despertado demasiado interés en las sociedades capitalistas (por no “generar ganancias” o ser “poco competitivas”), debe transformarse en el objeto de investigación intensiva y desarrollo, para jugar un papel clave en la construcción de un sistema alternativo de energía.

Todo esto debe ser llevado a cabo bajo la condición necesaria de empleo completo y equitativo. Esta condición es esencial, no solo para responder a los requerimientos de la justicia social, sino que también para asegurar el apoyo de la clase trabajadora en los cambios estructurales de las fuerzas productivas. Este proceso es imposible sin la planificación y el control público sobre los medios de producción. Es decir, las decisiones sobre inversión y cambio tecnológico deben apartarse de los bancos y

las empresas capitalistas para que puedan servirle al bien común de la sociedad.

Ahora bien, poner estas decisiones en manos de los trabajadores no es suficiente. En el Tercer Volumen de *El Capital*, Marx definió el socialismo como una sociedad en donde “los productores asociados racionalmente organizan su intercambio (Stoffwechsel) con la naturaleza”. Pero en el Primer Volumen del Capital existe una aproximación más amplia: El socialismo es concebido como “una sociedad de seres humanos libres (*Menschen*) que trabajan con medios de producción comunes (*gemeinschaftliche*)”⁹. Esta es una concepción mucho más apropiada: la organización racional de la producción y el consumo deben ser el trabajo no sólo de los “productores”, sino también de los consumidores. De hecho, la sociedad incluye tanto a la población productiva como a la “no productiva”, o sea a los estudiantes, niños, dueñas de casa (y dueños de casa), pensionados, etc.

Toda la sociedad, de esta manera, sería capaz de elegir democráticamente qué líneas de producción han de ser privilegiadas y cuántos recursos son invertidos en educación, salud o cultura¹⁰. Los precios mismos de los bienes no serían dejados a las leyes de la oferta y la demanda sino determinados, hasta donde fuese posible, de acuerdo a un criterio político y ecológico. Inicialmente, esto puede que sólo incluya gravar con impuestos a ciertos productos y subsidiar precios a otros, pero idealmente la transición al socialismo debe avanzar más allá, con lo que más y más productos serían distribuidos sin cargo alguno, de acuerdo con la voluntad de los ciudadanos.

Lejos de ser “despótica” en sí misma, la planificación democrática representa el ejercicio, en toda la sociedad, de la libertad de decisión. Esto

⁹ Marx, K., *Das Kapital*, Volumen 3, Dietz Verlag, Berlin, 1968, p. 828 y Volumen 1, p. 92. Es posible encontrar problemas similares en el marxismo contemporáneo; por ejemplo, Ernest Mandel sostuvo: “la creación de una planificación democrática-centralista bajo un congreso nacional de trabajadores compuesto en su gran mayoría por verdaderos trabajadores” (Mandel, E., “Economía del Período de Transición”, en E. Mandel, (ed.), *50 años de Revolución Mundial*, Pathfinder Press, New York, 1971, p. 286.) En escritos posteriores, él se referirá más bien a “productores/consumidores” Citaremos a menudo el trabajo de Ernest Mandel debido a que se trata del más articulado teórico socialista de planificación democrática. Aunque es necesario decir que hasta el año 1980, él no incluyó el problema ecológico como parte central de sus teorías económicas.

¹⁰ Ernest Mandel definió la planificación en los siguientes términos: “Una economía gobernada por un plan implica... que los recursos relativamente escasos en una la sociedad no son repartidos ciegamente (“tras las espaldas del productor-consumidor”) por el juego de la ley de valor, si no que son conscientemente colocados de acuerdo con prioridades previamente establecidas. En una economía en transición, en donde se mantiene un socialismo democrático, las masas de trabajadores determinan democráticamente cómo elegir estas prioridades.” Mandel, E., “Economía del Período de Transición”, op. cit.

es lo que se requiere para liberarnos de las alienantes “leyes del mercado” y las “cajas de hierro” de las estructuras burocráticas y capitalistas. La planificación democrática, combinada con la reducción de las jornadas de trabajo sería un paso decisivo de la humanidad hacia lo que Marx llamó “el reino de la libertad”. Esto porque un significativo aumento del tiempo libre es, de hecho, una de las condiciones para la participación de los trabajadores en la discusión democrática, la administración de la economía y la sociedad.

Los adeptos al mercado libre apuntan al fracaso de la planificación soviética como una razón para rechazar cualquier tipo de economía organizada. Sin entrar en la discusión sobre los logros y las miserias de la experiencia soviética, ésta se trataba obviamente de una dictadura sobre las necesidades. Utilizando la expresión de György Markus y sus compañeros en la escuela de Budapest: un sistema no-democrático y autoritario que otorgaba un monopolio sobre todas las decisiones a una pequeña oligarquía de tecno-burócratas. No fue la planificación en sí misma lo que llevó a la dictadura, sino las crecientes limitaciones democráticas del Estado soviético y, tras la muerte de Lenin, el establecimiento de un poder burocrático totalitario, lo que llevó a un sistema de planificación crecientemente autoritario y anti-democrático. Si definimos al socialismo como el control de los trabajadores y de la población en general sobre el proceso de producción, la Unión Soviética bajo Stalin y sus sucesores estuvo muy lejos de serlo.

El fracaso de la URSS ilustra los límites y contradicciones de la planificación burocrática, la que es inevitablemente ineficiente y arbitraria: no puede ser utilizada como un argumento en contra de la planificación democrática¹¹. La concepción socialista de planificación no es otra cosa que la radical democratización de la economía: si las decisiones políticas no se dejan a una pequeña elite de gobernantes, ¿por qué no debería aplicarse el mismo principio con la economía? El problema de que al balance específico lo sobrepasen mecanismos de planificación y mercado es admitidamente complejo: durante las primeras etapas de una nueva sociedad, los mercados ciertamente mantendrán un lugar importante, pero mientras la transición al socialismo avance, la planificación se volverá

¹¹ “Desde el punto de vista de los trabajadores, los sacrificios impuestos por arbitrariedades burocráticas no son ni menos ni más “aceptables” que los sacrificios impuestos por los mecanismos ciegos del mercado. Estos representan sólo dos formas diferentes de la misma alienación.

más y más predominante, como también más en contra de las leyes de intercambio-valor¹².

Engels insistió en que una sociedad socialista “tendrá que establecer un plan de producción tomando en cuenta los medios de producción, incluyendo especialmente la fuerza de trabajo. Lo que determine el plan será, en última instancia, los efectos útiles de varios objetos-uso, comparados entre sí y en relación con la cantidad de trabajo necesaria para su producción”¹³. En el capitalismo el valor-uso es solo un medio (a menudo un “truco”) al servicio del intercambio-valor y la ganancia (lo que explica, por cierto, el por qué tantos productos en nuestra sociedad actual son substancialmente inútiles). En una economía socialista planificada el valor-uso es el único criterio para la producción de bienes y servicios, con consecuencias económicas, sociales y ecológicas de largo alcance. Como lo ha observado Joel Kovel: “El estímulo de los valores-uso y la reestructuración de necesidades correspondiente se ha vuelto ahora el regulador social de la tecnología en vez de, como bajo el capital, la conversión del tiempo en exceso de valor y dinero”¹⁴.

En el tipo de planificación democrática que visualizamos aquí, el plan le concierne a las principales opciones económicas, no a la administración de restaurantes locales, supermercados, panaderías, tiendas pequeñas o empresas artesanales. Es importante enfatizar también que la planeación no se contradice con la auto-administración por parte de los trabajadores de sus unidades productivas. Mientras que la decisión, hecha a través del sistema de planificación, de transformar, digamos, una planta de automóviles en una que produzca buses, sería tomada por la sociedad como un todo, la organización interna de la planta debería ser organizada democráticamente por sus propios trabajadores. Ha habido mucha discusión sobre el carácter “centralizador” o “descentralizador” de la planificación, pero podría argumentarse que el verdadero problema es el control democrático del plan en todos sus niveles, local, regional,

¹² En su destacado libro sobre socialismo, recientemente publicado, el marxista argentino Claudio Katz enfatiza el que la planificación democrática, supervisada desde abajo por la mayoría de la población “no es lo mismo que la centralización absoluta, la total estatización, el comunismo de guerra o la economía comandada. La transición requiere el que prime la planificación por sobre el mercado, pero no la supresión de las variables del mercado. La combinación entre estas dos instancias deberían adaptarse para cada situación y cada país.” Sin embargo “El blanco del proceso socialista no es mantener un equilibrio sin cambios entre el plan y el mercado, si no promover una pérdida progresiva de las posiciones del mercado”. Katz, C., *El porvenir del Socialismo*, Herramienta/Imago Mundi, Buenos Aires, 2004, pp. 47-48.

¹³ Engels, F., *Anti-Dühring*, op. cit., p. 349.

¹⁴ Kovel, J., *Enemy of Nature...*, op. cit., p. 215.

nacional, continental y (ojalá) internacional. Puesto que problemas ecológicos, como el calentamiento global son problemas planetarios y pueden ser solucionados solo a escala global, podríamos llamarle a esta proposición: planificación democrática global, la que incluso a este nivel sería bastante opuesto a lo que usualmente se describe como “planificación central”, dado que las decisiones sociales y económicas no las decide ningún “centro”, sino son tomadas democráticamente por las poblaciones a quienes conciernen.

Por supuesto, inevitablemente habrá tensiones y contradicciones entre establecimientos auto administrados, o con administraciones democráticas locales, y grupos sociales más amplios. Mecanismos de negociación pueden ayudar a resolver muchos de estos conflictos, pero últimamente, los grupos más grandes a quienes concierna el problema, si son la mayoría, tienen el derecho a imponer sus visiones. Para dar un ejemplo: Una fábrica auto administrada decide evacuar sus desechos tóxicos en un río. La población de toda una región, que se encuentra en peligro de ser contaminada, puede entonces, tras un debate democrático, decidir que la producción de esta unidad debe ser discontinuada hasta que se encuentre una solución satisfactoria para manejar el problema de los desperdicios. Esperamos que en una sociedad ecosocialista, los propios obreros de una fábrica tendrán la suficiente conciencia ecológica como para evitar decisiones que pongan en peligro al medioambiente o a la salud de la población local. Pero instituyendo los medios para asegurarse que los intereses sociales más amplios tengan la decisión definitiva, como lo sugiere el ejemplo dado más arriba, no significa que problemas con respecto a la administración interna no deban ser solucionados a nivel de la fábrica, o la escuela, o el barrio, o el hospital o la ciudad.

La planificación socialista debe estar basada en un debate pluralista y democrático, en todos los niveles en donde se tome decisiones. Organizados en forma de partidos, plataformas, o cualquier otro movimiento político, se eligen delegados para los cuerpos de planeación, y distintas proposiciones les son entregadas a las personas afectadas por ellos. Esto es, la democracia representativa debe ser completada (y corregida) por la democracia directa, en donde la gente elija directamente a un nivel local, nacional, y luego global. ¿Debería ser gratis el transporte público? ¿Deberían pagar los dueños de automóviles privados un impuesto especial para subsidiar el transporte público? ¿Debería subsidiarse la energía solar

para que esta pueda competir con la energía fósil? ¿Debería reducirse la jornada laboral a 30, 25 horas o menos, incluso si esto significa reducir la producción? La naturaleza democrática de la planificación no es incompatible con la existencia de expertos: su rol no es decidir, sino presentar sus puntos de vista, a menudo distintos, si no opuestos, a la toma de decisiones mediante un proceso democrático. Como lo planteó Ernest Mandel: “Gobiernos, partidos, equipos de planeación, científicos, tecnócratas, o quien sea que pueda sugerir algo, que haga propuestas, que trate de influir en las personas... Pero bajo un sistema multi-partidista, tales propuestas nunca serán unánimes: las personas tendrán que elegir entre alternativas coherentes. Y el derecho y el poder de decidir deberían estar en manos de la mayoría de los productores/consumidores/ciudadanos. De nadie más. ¿Qué tiene esto de despótico o paternalista?”¹⁵

¿Qué garantía tenemos de que las personas tomarán buenas decisiones ecológicas, incluso si esto significa renunciar a algunos de sus hábitos de consumo? Esta “garantía” no existe más allá de la razonable expectativa de que las decisiones democráticas prevalecerán, una vez roto el poder del fetichismo por el lujo. Por supuesto, existirán errores cometidos por decisión popular, ¿pero quién dice que los expertos mismos no los cometen? No es posible imaginarse el establecimiento de esta nueva sociedad sin que la mayoría de la población haya alcanzado, mediante sus luchas, su educación y experiencia social, un alto nivel de conciencia socialista/ecológica, y esto hace razonable el suponer que los errores (incluidas las decisiones inconsistentes con las necesidades medioambientales) serán corregidos¹⁶. En cualquier caso, ¿no son acaso las alternativas (el mercado ciego, o la dictadura ecológica de los “expertos”) mucho más peligrosas que el proceso democrático con todas sus limitaciones?

Es verdad que la planificación requiere la existencia de cuerpos técnicos/ejecutivos, encargados de poner en práctica lo que se ha decidido, pero estos no tienen por qué ser necesariamente autoritarios si se

¹⁵ Mandel, E., *Power and Money*, Verso, London, 1991, p. 209.

¹⁶ Mandel observó: “Nosotros no creemos que “La mayoría siempre tiene la razón”... Todo el mundo comete equivocaciones. Y esto ciertamente sucederá, igualmente, para la mayoría de los ciudadanos, productores y consumidores. Pero existirá una diferencia básica entre ellos y sus predecesores. En un sistema de poder desigual... quienes toman malas decisiones sobre la utilización de recursos raras veces pagan por las consecuencias de sus equivocaciones. De existir una verdadera política democrática, con verdaderas opciones culturales e información, es difícil creer que la mayoría preferirá ver cómo mueren sus bosques... o sus hospitales faltos de funcionarios, antes de corregir rápidamente sus errores.” Mandel, E., “In Defense of Socialist Planning”, *New Left Review*, 1/159, 1986, p. 31.

encuentran sometidos a un control permanente desde abajo, incluyendo la auto administración de los trabajadores en el proceso de administración democrática. Por supuesto, no podemos esperar que la mayoría de las personas gasten todo su tiempo libre en auto-administración o juntas de participación; como lo subrayó Ernest Mandel: “La auto administración no significa la desaparición de la delegación, sino que combina la toma de decisiones por los ciudadanos con un estricto control de los delegados por parte de sus propios electores”¹⁷.

La “participación económica” (parecon) de Michel Albert, ha sido objeto de algún debate en el Movimiento Global de Justicia. Aunque su aproximación ha tenido algunas serias falencias, como ignorar la ecología, o contraponer “parecon” con “socialismo”, interpretando éste último en su acepción burocrática/centralizada soviética, “parecon” ha tenido también algunos puntos en común con el tipo de planificación ecosocialista propuesta aquí: oposición al mercado capitalista, la planificación burocrática, confiar en la auto organización de los trabajadores y el antiautoritarismo. El modelo de Albert sobre la participación planificada está basado en una compleja construcción institucional:

Los participantes en la planeación participativa son los consejos y federaciones de trabajadores, los consejos y federaciones de consumidores e IFBs¹⁸ (juntas para la revisión). Conceptualmente, el procedimiento de planeación es bastante sencillo. Una IFB anuncia lo que llamamos “precios indicadores” para todos los bienes, recursos, categorías de trabajo y capital. Los consejos y federaciones de consumidores responden con propuestas de consumo tomando los precios indicadores de los bienes y servicios finales como una estimación del costo social de proveerlos. Los consejos y federaciones de trabajadores responden con propuestas de producción, listando lo que producirían y lo necesario para producirlo, de nuevo, tomando los precios indicadores para estimar el beneficio social de lo producido y los verdaderos costos de oportunidad necesarios para su producción. Un IFB entonces calcula el exceso en la demanda o en lo abastecido para cada bien y ajusta el precio indicativo del bien hacia arriba o abajo de acuerdo con este exceso y con algoritmos sociales acordados. Usando los nuevos precios indicativos, los consejos y federaciones de consumidores y traba-

¹⁷ Mandel, E., *Power and Money*, op. cit., p. 204.

¹⁸ Iteraction Facilitation Boards, en el texto original.

jadores revisan y vuelven a presentar sus propuestas... En vez de que los capitalistas, o coordinadores, gobiernen a los trabajadores, parecon es una economía en donde consumidores y trabajadores juntos determinan corporativamente sus opciones económicas y se benefician de ellas con cuidada equidad, solidaridad, diversidad y autoadministración¹⁹.

El principal problema con esta concepción, la que por lo demás no es “bastante sencilla”, sino extremadamente elaborada y a ratos bien oscura, es que parece reducir la “planificación” a una suerte de negociación entre productores y consumidores por los precios, por los costos de producción y lo producido, por la oferta y la demanda. Por ejemplo, la rama del consejo de trabajadores en la industria del automóvil se reuniría con el consejo de consumidores para discutir los precios y adaptar la oferta a la demanda. Lo que esto está dejando afuera es precisamente lo que constituye el principal punto de discusión en la planeación ecosocialista: una reorganización del transporte público, reduciendo radicalmente el número de autos privados. Dado que en el ecosocialismo la desaparición de sectores completos de la industria (plantas nucleares, por ejemplo) e inversión masiva en sectores pequeños o casi no existentes (energía solar), ¿cómo se podría solucionar esto mediante “negociaciones corporativas” entre las unidades de producción existentes y los consejos de consumidores sobre “producción” y “precios indicativos”? El modelo de Albert imita la estructura productiva y tecnológica existente y es demasiado “economista” para tomar en cuenta los intereses globales, sociopolíticos y socioecológicos de la población. Los intereses de un individuo como ciudadano, y como ser humano, no pueden ser reducidos a sus intereses económicos como productor y consumidor. Él deja fuera no solo al Estado como institución (una opción respetable), sino también la política como la confrontadora de distintas opciones económicas, sociales, políticas, ecológicas y culturales. Local, nacional y globalmente.

Esto es muy importante, ya que la transición desde el “desarrollo destructivo” del capitalismo hacia el socialismo es un proceso histórico, una transformación revolucionaria permanente de la sociedad, la cultura y las mentalidades. Y la política, definida como recién se ha hecho, no podría ser central en este proceso. Es importante enfatizar que tal proceso no puede existir sin una transformación revolucionaria de las estructuras

¹⁹ Albert, M., *Participatory Economy. Life after Capitalism*, Verso, London, 2003, p. 154.

sociales y políticas y el apoyo activo de una vasta mayoría de la población en un programa ecosocialista. El desarrollo de una conciencia ecológica y socialista es un proceso en donde el factor decisivo son las experiencias de lucha de las propias personas, pasando desde confrontaciones parciales y locales a un cambio radical en toda la población.

Esta transición llevaría no solo a un nuevo modo de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un modo alternativo de vida, a una nueva civilización ecosocialista, más allá del reino del dinero, más allá de hábitos consumistas artificialmente producidos por la publicidad, y más allá de la ilimitada producción de lujos inútiles y/o dañinos para el medio ambiente. Algunos ecologistas creen que la única alternativa para el productivismo es sencillamente detener el crecimiento o reemplazarlo por crecimiento negativo (lo que los franceses llaman *décroissance*) y drásticamente reducir el excesivamente alto nivel de consumo de la población cortando a la mitad el gasto en energía, renunciando a las casas familiares individuales, calefacción central, lavavajillas, etc. Dado que estas medidas draconianas de austeridad extrema corren el riesgo de ser bastante impopulares, algunos de los abogados de la *décroissance* juegan con la idea de una “dictadura ecologista”²⁰. Contra estas visiones tan pesimistas, los socialistas más optimistas creen que el progreso técnico y el uso de fuentes renovables de energía permitirá un crecimiento ilimitado y abundancia para que cada cual reciba “de acuerdo con sus necesidades”.

Me parece que estas dos escuelas comparten una concepción puramente cuantitativa sobre “crecimiento” (positivo o negativo) y desarrollo de las fuerzas productivas. Existe, sin embargo, una tercera posición que me parece más apropiada: una transformación cualitativa del desarrollo. Esto significa ponerle fin al monstruoso desperdicio de recursos por parte del capitalismo, basado en la producción a gran escala de productos inútiles o dañinos: la industria armamentista es un buen ejemplo, pero una buena parte de los “bienes” producidos por el capitalismo (mediante su inherente caducidad) no tienen otro fin salvo generar ganancias para grandes corporaciones. El problema no es el “consumo excesivo” en abs-

²⁰ Para una selección de textos sobre “crecimiento negativo” véase Rahnama, Majad/ Bawtree, Victoria, (eds.), *The Post-Developmental Reader*, Zed Books, Atlantic Highlands, (N.Y.), 1997 y Bernard, Michel, et. al. (eds.), *Objectif Décroissance: vers une société harmonieuse*, Éditions Prangon, Lyon, 2004. El principal teórico francés de la “décroissance” es Serge Latour, autor de *La planète des naufragés, essai sur l'après-développement*, La Découverte, Paris, 1991.

tracto, sino el predominio del tipo de consumo basado en la conspicua apropiación, el desperdicio masivo, alienación mercantilista, acumulación obsesiva de bienes, y la compulsiva adquisición de pseudo-novedades impuestas por “moda”. Una nueva sociedad orientaría su producción hacia satisfacer auténticas necesidades, aquellas que podrían definirse como “bíblicas” (agua, comida, ropa, casa), pero incluyendo también los servicios básicos: salud, educación, transporte y cultura.

Obviamente, los países del sur, en donde estas necesidades están lejos de ser cubiertas, necesitarían un nivel mucho mayor de “desarrollo” (edificios, trenes, hospitales, alcantarillas, etc.) que los países industriales avanzados. Pero no existe razón para que esto no pueda lograrse mediante un sistema productivo que sea amigable con el medio ambiente y a base de energía renovable. Estos países necesitarán producir grandes cantidades de comida para nutrir a su población hambrienta, pero esto podría lograrse de mucho mejor manera (mientras los movimientos campesinos se organizan globalmente como lo ha estado haciendo la red Vía Campesina durante años) a través de agricultura biológica basada en unidades familiares, cooperativas o granjas colectivas, que mediante los métodos destructivos y antisociales del negocio agroindustrial, basado en el uso intensivo de pesticidas, químicos y GMOs. En vez del monstruoso sistema de endeudamiento, y de la explotación imperialista de los recursos del sur por los países industriales/capitalistas, existiría un flujo de ayuda técnica y económica desde el norte hacia el sur, sin que por ello sea necesario (como parecen creer algunos ecologistas puritanos y ascetas) una disminución en la calidad de vida de la población en Europa o Norteamérica. En cambio, estos países solo estarían librándose del consumismo obsesivo, inducido por el sistema capitalista, de inútiles lujos que no corresponden a ninguna necesidad, mientras se redefine el significado del estándar de vida, subrayando un estilo de vida más rico consumiendo menos.

¿Cómo distinguir entre necesidades verdaderas y artificiales? La industria de la publicidad (mediante técnicas de manipulación mental) ha invadido todas las esferas de la vida humana en las sociedades capitalistas modernas: no solamente la alimentación y el vestir, sino que también el deporte, la cultura, la religión y la política también se encuentran moldeadas de acuerdo a sus reglas. Es más aún, malgasta una cantidad astronómica de papel, petróleo, electricidad, horas traba-

jadas, químicos y otros tipos de materias primas (todos pagados por el consumidor) en una rama de la producción que no solo es inútil desde un punto de vista humano, sino que está en directa contradicción con las verdaderas necesidades sociales. Mientras que la publicidad es una dimensión indispensable de la economía de mercado capitalista, no tendría ningún lugar en una sociedad que transita hacia el socialismo, en donde sería reemplazada por información sobre bienes y servicios otorgada por asociaciones de consumidores. El criterio para distinguir entre una necesidad auténtica de una artificial sería su persistencia luego de que se suprimiera la publicidad. Por supuesto, durante algún tiempo los viejos hábitos de consumo persistirían, y nadie tiene el derecho a decirle a otro cuáles son sus necesidades. Cambiar los patrones de consumo es un proceso histórico, como a su vez un desafío educacional.

Algunos lujos, como el auto individual, nos plantean problemas más complejos. Los autos privados son un despropósito público, matan y mutilan a cientos de miles de personas cada año, contaminan el aire de las grandes ciudades (con consecuencias directas para la salud de niños y ancianos) y contribuyen significativamente al cambio climático. Sin embargo, estos corresponden a necesidades reales, bajo las condiciones actuales del capitalismo. Experimentos locales en algunas ciudades europeas con administraciones preocupadas por la ecología nos demuestran que es posible (bajo la aprobación de la mayoría) favorecer progresivamente el uso de transporte público por sobre el automóvil. En el proceso de transición hacia el ecosocialismo, en donde el transporte público (sobre y bajo la tierra) estaría extensamente repartido y gratuito, y en donde peatones y ciclistas tendrían vías exclusivas, el automóvil jugaría un mucho menor papel en la sociedad burguesa, en donde se ha convertido en un fetiche, promovido por una insistente y agresiva publicidad, en un símbolo de prestigio, un signo de identidad (en los EU la licencia de conducir es una reconocida tarjeta de identificación) y un foco de la

vida personal, social y erótica.²¹ Sería mucho más fácil, en la transición hacia una nueva sociedad, reducir drásticamente el transporte de bienes mediante camiones (responsables por terribles accidentes y altos niveles de contaminación) y transformarlo en transporte por tren o por lo que los franceses llaman *ferroutage* (camiones transportados en trenes de un pueblo a otro): solo la lógica absurda de la “competitividad” capitalista explica el peligroso crecimiento del sistema camionero.

Sí, responderán los pesimistas, pero los individuos se mueven por una infinidad de aspiraciones y deseos que tienen que ser controlados, chequeados, contenidos y, de ser necesario, reprimidos, y esto puede que lleve a ciertas limitaciones democráticas. Pero el Ecosocialismo está basado en una expectativa razonable, ya sostenida por Marx: el predominio, en una sociedad sin clases y liberada de la alienación capitalista, del “ser” por sobre el “tener”. Es decir, tiempo libre para la realización personal a través de actividades culturales, deportivas, científicas, eróticas y artísticas, en vez de a través del deseo de poseer una cantidad infinita de productos. Las adquisiciones compulsivas son inducidas por el fetichismo al lujo inherente al sistema capitalista, por la ideología dominante, y por la publicidad: nada prueba el que sea parte de nuestra “naturaleza humana”. Como lo enfatizó Ernest Mandel: “La acumulación constante de más y más bienes (con una declinante “utilidad marginal”) no es bajo ninguna circunstancia la característica predominante en el comportamiento humano. El desarrollo de talentos y la inclinación por su propio bienestar: la protección de la vida y la salud, el cuidado de los niños, el desarrollo de relaciones sociales ricas... todas estas se transforman en motivaciones mayores una vez que las necesidades materiales básicas se han solucionado”²².

Como ya hemos insistido, esto no significará el fin de los conflictos, particularmente durante el período de transición, entre la protección

²¹ Ernest Mandel se mostró escéptico sobre la posibilidad de cambios rápidos en hábitos de consumo tales como el automóvil privado: “Si, a pesar de cualquier argumento ecológico, ellos (los productores y consumidores) quisieran mantener el dominio del automóvil privado y con ello continuar con la contaminación de sus ciudades, eso estaría bien. Los cambios en la orientación de consumo de larga data son lentos. Muy pocos creerán que la clase trabajadora de los EU abandonará su apego por el automóvil el día después de una revolución socialista” Mandel, “In Defense of Socialist Planning”, op. cit., p. 30. Mientras que Mandel está en lo correcto al decir que los cambios en los patrones de consumo no pueden ser impuestos, él seriamente subestima el impacto que tendría un extensivo y gratuito sistema de transporte público, así como el consentimiento de la mayoría de los ciudadanos (como sucede hoy en día en muchos países europeos) para restringir la circulación de automóviles.

²² Mandel, E., *Power and Money*, op. cit., p. 206.

medioambiental y las necesidades sociales, entre imperativos ecológicos y la necesidad de construir infraestructuras básicas, particularmente en países pobres, entre hábitos populares de consumo y la escasez de recursos. Una sociedad sin clases no es una sociedad libre de contradicciones y conflictos. Estos son inevitables: será tarea de la planificación democrática, dentro de una perspectiva ecosocialista, liberada de los imperativos del capital y la ganancia, resolverlos, mediante una discusión abierta y pluralista que apunte a que la sociedad misma tome sus propias decisiones. Este tipo de democracia participativa es la única manera, no de evitar los errores, pero sí de permitir la corrección de sus propias equivocaciones.

¿Es esta una Utopía? En su sentido etimológico (“algo que no existe en ninguna parte”), ciertamente. ¿Pero no son las utopías, es decir, las visiones de un futuro alternativo, las imágenes de una sociedad diferente, una necesidad para cualquier movimiento que pretenda cambiar el orden establecido? Como lo explicó Daniel Singer en su testamento literario y político, *¿El milenio de Quién?*, en un poderoso capítulo titulado “Utopía realista”

...si lo establecido se ve ahora tan sólido, a pesar de las circunstancias, y si los trabajadores organizados y la izquierda periférica se encuentran tan inválidos, tan paralizados, es por su fracaso en ofrecer una alternativa radical... El principio básico del juego es no cuestionar ni las bases o los fundamentos de la sociedad. Solo una alternativa global, que rompa con estas reglas de rendición y resignación, puede darle al movimiento de emancipación un verdadero camino²³.

La utopía socialista y ecologista es solo una posibilidad objetiva, no el resultado inevitable de las contradicciones del capitalismo, o de las “leyes de hierro de la historia”. No es posible predecir el futuro, salvo en términos condicionales: lo que es predecible es que la ausencia de una transformación ecosocialista, de un cambio radical en el paradigma de nuestra civilización, la lógica del capitalismo nos llevará a dramáticos desastres ecológicos, amenazando la vida de millones y, quizá, incluso la supervivencia de la especie.

²³ Singer, D., *Whose Millenium? Theirs or Ours?*, Monthly Review Press, New York 1999, pp. 259-260.

Para soñar y para luchar, por un socialismo verde, o como otros dicen, un comunismo solar, no significa no luchar para concretar reformas urgentes. Sin ilusiones sobre un “capitalismo limpio” debemos intentar ganar tiempo e imponerle al poder algunos cambios elementales: la prohibición de los HCFCs²⁴ que están destruyendo la capa de ozono, la suspensión temporal en la producción de organismos genéticamente modificados, una reducción drástica de los gases culpables por el efecto invernadero, una estricta regulación de la pesca, así como en el uso de pesticidas en la industria agraria, impuestos a los automóviles más contaminantes, un desarrollo mucho mayor del transporte público, el reemplazo progresivo de los camiones por trenes. Estos, y otros problemas similares, se encuentran en el corazón de la agenda del movimiento de Justicia Global y de los Foros Sociales Mundiales. Este es un importante y nuevo desarrollo político que ha permitido, desde Seattle 1999, la convergencia de los movimientos sociales y medioambientales en una lucha común contra el sistema.

Estas urgentes demandas eco-sociales pueden llevarnos a un proceso de radicalización, si es que estas demandas no se adaptan a los requerimientos de la “competitividad”. De acuerdo con la lógica de lo que los marxistas llaman “un programa de transición”, cada pequeña victoria, cada avance parcial, nos lleva a una demanda mayor, a un fin más radical. Tales luchas sobre problemas concretos son importantes, no solo porque las victorias parciales son bienvenidas en sí mismas, si no también por que contribuyen a generar una conciencia socialista y ecologista, y porque estas promueven actividad y auto organización desde abajo: ambas serán pre-condiciones necesarias, de hecho decisivas, para una revolucionaria transformación del mundo.

Experimentos locales, tales como áreas libres de autos en varias ciudades de Europa, cooperativas de agricultura orgánica lanzadas por movimientos campesinos brasileños (MTS), o el presupuesto participativo en Porto Alegre, y durante algunos años también en el estado brasileño de Rio Grande do Sul (Bajo el gobernador Olívio Dutra), son ejemplos limitados aunque interesantes de cambios ecológico/sociales. Al permitir que asambleas locales decidan las prioridades en su presupuesto, Porto Alegre fue (hasta la derrota electoral municipal en 2002) quizá el más atractivo ejemplo de “planificación desde abajo”, a pesar de sus limita-

²⁴ Hidroclorofluorocarburos. Nota del Comité Editorial.

ciones.²⁵ Debemos admitir, sin embargo, que, incluso si han existido algunas pocas medidas progresistas tomadas por gobiernos latinoamericanos o europeos, estas han sido desilusionantes, manteniéndose firmemente dentro de los límites de una política social-liberal adaptada a la globalización capitalista.

No existirá ninguna transformación radical a menos que las fuerzas comprometidas con un drástico programa ecológico y socialista se vuelvan hegemónicas, en el sentido gramsciano de la palabra. En cierto sentido, el tiempo está a nuestro favor, porque trabajamos por un cambio, ya que la situación global del medio ambiente se está volviendo más y más grave, y las amenazas están cada vez más cerca. Pero por otro lado, el tiempo se nos acaba, porque en algunos años (nadie puede decir en cuántos) el daño podría ser irreversible. No existe ningún motivo para ser optimista: las elites reinantes atrincheradas en el sistema son increíblemente poderosas y las fuerzas de la oposición son aún pequeñas. Pero estas son la única esperanza para que el “desarrollo destructivo” del capitalismo sea detenido. Walter Benjamin describió a las revoluciones no como las locomotoras de la historia, sino como la humanidad estirándose hacia los frenos de emergencia antes de caer en el abismo...²⁶

Referencias bibliográficas

Albert, M., *Participatory Economy. Life after Capitalism*, Verso, London, 2003.

Baierle, S., “The Porto Alegre Thermidor”, en *Socialist Register*, 2003.

Bellamy Foster, J. “Organizing Ecological Revolution”, *Monthly Review*, 57(5), 2005.

Bellamy Foster, J., *Marx's Ecology, Materialismo y Naturaleza*, Monthly Reviews Press, New York, 2000.

Benjamin, W., *Gesammelte Schriften*, Volumen I/3, Suhrkamp, Frankfurt, 1980.

Bernard, Michel, et. al. (eds.), *Objectif Décroissance: vers une société harmonieuse*, Éditions Prangon, Lyon, 2004.

²⁵ Véase Baierle, S., “The Porto Alegre Thermidor”, en *Socialist Register*, 2003.

²⁶ Benjamin, W., *Gesammelte Schriften*, Volumen I/3, Suhrkamp, Frankfurt, 1980, p. 1232.

Engels, F., *Anti-Dühring*, Ed. Sociales, Paris, 1950.

Katz, C., *El porvenir del Socialismo*, Herramienta/Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.

Latour, S., *La planète des naufragés, essai sur l'après-développement*, La Decouverte, Paris, 1991.

Mandel, E., "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, 1/159, 1986.

Mandel, E., *Power and Money: A Marxist Theory of Bureaucracy*, Verso, London, 1992.